

LEON A LA VISTA

He seguido cuidadosamente la labor de poda que el Ayuntamiento de nuestra Ciudad, como principal responsable, ha llevado a cabo en su patrimonio arbóreo. Cuidadosamente se les ha despojado a los árboles de sus excesos para permitirles una mayor fuerza de recuperación. Es toda una lección política. Y, sin duda por mis adscripciones sentimentales e históricas, he atendido principalmente al esquila de los centenarios castaños de ese jardín nuestro de cada día y de cada recuerdo que es el de San Francisco, por lo regular, o por mejor decir, por lo irregular tan dejado de la mano de los hombres.

El Jardín de San Francisco tiene historia. Historia grande; y ya no quedan, entre los vestigios milagrosamente ilesos de la Ciudad, muchos testimonios como éste, capaces de emitir, a quien ponga el oído en sus profundidades, las señales bien claras de nuestros acontecimientos últimos. El Jardín de San Francisco, que un día aparecía unido, por la umbría del Túnel, al de Papalaguinda, fue escenario de clandestinidades, de pronunciamientos, de asambleas. Y también amplio campo de amor, de sueños y de versos.

En nuestra más dramática peripecia, cuando las gentes decidieron romper los sagrados lazos de la con-

vivencia, el Jardín de San Francisco se erigió en campo neutral, en tierra de nadie, en frontera separadora. Y durante muchos días y muchas noches, la fronda franciscana estuvo atentamente vigilada y guardada desde las poderosas torres o ventanas del Conventón de los franciscanos, en evitación de incursiones y sorpresas.

Cuando las melancolías del otoño se rinden para dejar paso a las mesnadas del frío, los arbolones fantasmales, los potentes sostenedores de un cielo de banderas verdes, los históricos castaños de indias, han sido despojados de sus malezas, bajo la vigilancia imperturbable, pero segura, de ese Neptuno trashumante, ahora resurgido como por arte de magia, entre las lanzas de esta rendición de Breda que es el viejo, romántico e histórico jardín de San Francisco.

Bien está el Señor de las Aguas donde está. Y mejor, si tal como se sugiere por los técnicos municipales, se decide elevarle sobre el nivel del mar, y lejos del alcance bárbaro de los vulneradores de los dioses. Neptuno, ciertamente, acogería con alegría la idea de su elevación unos palmos del suelo que le sostiene, antes de verse de nuevo traído y llevado, piedra a piedra, como un objeto de cuarto trastero.





Desde la Plaza de la Catedral hasta la Plaza Mayor, nuestro señor Neptuno permaneció años arrumbado sobre el cauce seco del reguero de los tintoreros de Cantarranas. Luego, cuando fue erigido en la Plaza Mayor, quedó escorado por irregularidad de niveles. Hasta que se le trasladó a este jardín de San Francisco, mondo y lirondo ahora, pero siempre trasunto fiel de la hermosura jardinera que pudo ser.

El centenario de Publio Suárez Uriarte

En León, las gentes, las grandes figuras que merecieron que los hombres y los dioses les recordaran, nacen, cumplen afanosamente su misión y desaparecen. No por ingratitud, pienso, sino porque León es vientre paridor de muchos hijos de pro. Y de muchos otros, que sin la carta de nacimiento, a León se entregaron de manera total.

Ahora, en esta hora nuestra, en la que tantas generaciones se borran de los Anales de la Ciudad, me viene el recuerdo de una fecha y de un hombre singular: Un día 21 de enero de 1878 nacía Publio

Suárez Uriarte, Abogado ilustre, profesor insigne, poeta, escritor y hombre público. Agréguese, necesariamente, la machadiana consignación de hombre fundamentalmente bueno y ya tendremos el perfil aproximado de lo que fuera aquél que en un momento importante de su vida desdeñó la Cátedra de Literatura a la que tenía derecho como número uno de su oposición, por dictar lecciones en su pueblo y a sus gentes en la Escuela provinciana del Magisterio. Y que en el cruce histórico de la República, fuera elegido, a viva voz, por el pueblo, Gobernador General de León.

Hoy ya no se sabe cuál sería la calificación que se le aplicara. Entonces se les llamaba patricios, que es una denominación clásica que ha de entenderse como adalides no tan sólo políticos sino éticos de una comunidad.

Hizo versos, interpretó la Ley y ofreció sus saberes a manos llenas, a corazón abierto.

Allá donde se le requería, aparecía la figura pequeña, frágil, casi transparente de don Publio Suárez Uriarte, y se escuchaba su voz de cristal que no se rompía ni siquiera cuando una estremecida pasión interior le agitaba o le conmovía.



Don Publio Suárez Uriarte.

Don Publio Suárez Uriarte, se decía, tenía la voz musical. Y era todo él como un compendio de armonías: En su estilo, en su comportamiento, en su trato generoso.

En este año de 1978 se cumple el centenario de su nacimiento. Y a mí me complace recordarle, ya que otras menciones públicas no le recuerden. Era, por los años treinta, la piedra de contraste de nuestras aficiones. Todos los que en León escribían entonces, y a fe que eran muchos, porque León es tierra de buenos y muy numerosos hombres de letras, acudíamos en demanda de sus consejos, de sus cuidados. Y se sometía a nuestras impertinencias y demandas con aquella su luminosa sonrisa, dejando caer en la suave ruta de la conversación la justa sugestión que necesitábamos.

Las publicaciones de la época ("Vida Leonesa", "León" y cuantas aparecían como ensayos fugaces) contaban con su colaboración, siempre tan segura, tan correcta, tan cargada de moral ciudadana.

Recuerdo todavía una de las intervenciones más características de don Publio Suárez Uriarte, que no eran para mí las que le dieran notoriedad en el foro y en la clase, sino las que improvisadamente se le escapaban del corazón cuando establecía contacto con la juventud.

Como era Presidente del Orfeón Leonés, se consideró obligado en la clausura de un Curso, a pronunciar unas palabras: Y rodeado de muchachas y muchachos jóvenes, con aquella su breve melena blanca rodeando como un halo el rostro traslúcido y su sonrisa de hombre, se limitó a decir:

"Pienso que la vida es amor, y que sin amor no hay vida. Brindemos pues por el amor".

Pero la letra no era lo importante, sino la música que ponía en el texto.

Don Publio Suárez Uriarte cumplió en la tierra, su tierra leonesa, su destino de hombre cabal. El nomenclátor callejero de León no fija su nombre, ni hay un busto en cualquier rincón o en el patio de escuela de barrio que obligue a su recordación...

León, ¡ay! hace sus hombres y les destruye en el olvido.

José Vela Zanetti, Medalla al Mérito Agrícola

En Burgos, y ante autoridades y representaciones, también de León, se le ha impuesto a José Vela Zanetti la Medalla al Mérito Agrícola, otorgada en atendimiento a los indudables méritos que concurren en el ilustre pintor no solamente por su obra, de resonancias universales, sino, fundamentalmente, a los efectos del reconocimiento que en esta ocasión se considera, por la apasionada y constante vocación campesina de la pintura de Vela Zanetti.

Sus temas más insistentemente tratados, se refieren directa y entrañablemente a la tierra, al campo del sudor, al hombre de la gleba.

Son tierras y campos de paciencia y de trabajo, de voluntad y sacrificio, de sudor, sangre y lágrimas. Pero también de gloriosos deslumbramientos, de apasionadas investigaciones, de franciscana devoción por las cosas que a la tierra vuelven en una agonía milagrosamente rescatada por la mano del pintor.

El menos atento a la obra de este campesino de amor, de este labrantín ejemplarmente entregado a la búsqueda de su identidad en la tierra de sus raíces, puede advertir hasta qué punto Vela Zanetti se sien-

te como sacramentalmente unido a la tierra, a su tierra, a los hombres, a sus hombres.

Y así, las figuras que Vela inscribe en sus lienzos, son gentes que todos conocemos, que hemos visto inclinados sobre los surcos, que hemos contemplado deslumbradoramente entre los pámpanos, entre la flor del vino. Y del alma enterrada, es decir, entremetida en la propia tierra, de Vela, nacen o se descubren, en toda su inmensidad y grandeza, las gredas zurbaranescas de Castilla, los sólidos enjambres de sus trigos, las pacientes milagregías de sus piedras, de sus barros, de sus arbustos, de sus egregios campos de soledad.

Y cuando, en la clausura de su "Casona" de Milagros, el pintor escucha el latido de Castilla y le representa, elige para ello, no los elementos retóricos que la tradición pretende imponer, como indispensables para la más clara expresión de Castilla, sino aquellos instrumentos del trabajo, aquellos objetos del oficio, que son los que evidencian la infranqueable e inalterable condición del castellano, del pintor, como hombre comprometido con el ánima viva de la Castilla humilde de la gana...

En el mediodía abierto y en la Capital de la Castilla de los vivos y de los muertos, José Vela Zanetti será condecorado con la Medalla al Mérito Agrícola, al mérito indiscutible de su obra, de su hombredad.

Los leoneses, de alguna manera nos sentimos copartícipes de este acontecimiento. Porque de Burgos a León fue el hombre

Como resulta que José Vela Zanetti es tan nuestro, tan de León, como de Burgos, pues que la nancia se complementa con la experiencia, y uno no es solamente de donde nace sino de donde se hace, cuando el Rey de España, a solicitud de la Caja Rural Provincial de Burgos, concediera la Medalla al Mérito Agrícola al bien ilustre hijo de Milagros, obligadamente tenía que aparecer en el acto la representación leonesa.

Ante el clamor multitudinario de los miles de campesinos burgaleses asistentes al acto, se procedió al ceremonial solemnísimo y brillante al mismo tiempo del homenaje que suponía la imposición de la condecoración otorgada, con el diploma que le confería la titulación y las insignias.

Juntamente con la representación del Ministerio de Agricultura, el Gobernador Civil, Alcalde de la Ciudad, Presidente de la Caja Rural de Burgos, y generoso anfitrión, D. Ignacio García Ortega, formaron la presidencia del acto el Presidente de la Caja Rural



José Vela Zanetti.

Leonesa, don Manuel Díez Ordás, el Presidente del Consejo General de Castilla y León, don Juan Manuel Reol y Victoriano Crémer.

El amplísimo salón de actos de la Caja Rural de Burgos, aparecía totalmente ocupado. Y comenzó la importante reunión con un discurso a cargo de don Ignacio García Ortega, en el cual, al mismo tiempo que justificaba la razón de este homenaje y la justicia de la distinción que se otorgaba al pintor, al Maestro, ponía de manifiesto la importancia que la extensión cultural debe tener entre las gentes del campo, como acción destacada para su verdadera independencia. Recordó la influencia de la mujer en el comportamiento del hombre del campo y otorgó, como representación de las mujeres, un recuerdo a la esposa del pintor, allí presente.

Hicieron uso de la palabra, Victoriano Crémer, Juan Manuel Reol, en un discurso de gran significación autonomista y de muy profundas resonancias líricas y emocionales, y el Gobernador Civil de Bur-

gos, nuestro viejo amigo, D. Antolín de Santiago. El Presidente del Consejo General de Castilla y León, D. Juan Manuel Reol impuso al pintor la medalla y le entregó el diploma acreditativo.

Y a todos contestó con su acostumbrado dominio dialéctico el pintor, poniendo de relieve en su disertación no tan sólo los rasgos peculiares de su biografía como pintor, sino los apuntamientos íntimos de su condición de hombre enraizado en las tierras de sus promisiones, Burgos y León.

La llegada de la Universidad Autónoma a León

No voltearon las campanas ni salieron a la calle los estudiantes sopistas ni los organismos interesados en el pleito engalanaron las nobles fachadas de sus palacios. Sencillamente, los medios de comunicación social, que se continúa diciendo a pesar de todas las reservas mentales que provocan, sacaron su artillería tipográfica para proclamar que al fin se le había hecho justicia a León, y que el Gobierno había tratado y decidido trasladar a las Cortes el proyecto de promoción de una Universidad en la capital del Viejo Reino, que tuvo veinticuatro reyes antes que Castilla Leyes.

Al fin se había conseguido romper la barrera que se oponía a la apertura y disposición de una Universidad para León. De "su" Universidad. Porque si todas las demás Universidades previstas y en funcionamiento de la Península se habían creado, principalmente por los apoyos de toda índole prestados por el Estado —que es lo suyo—, la Universidad de León se alcanzaba, después de una pelea a brazo partido contra todos los fantasmas pululantes, merced al sacrificio económico que los leoneses solos, los leoneses fiduciarmente autonómicos, el ahorro leonés dejado de la mano de cualquier apoyatura estatal, habían prestado a la iniciativa. No tenemos, pues, que agradecer nada a nadie. La Universidad es nuestra, exclusivamente, desde los terrenos sobre los que se asiente, hasta el último libro, los emolumentos profesoriales, los laboratorios, la luz, el agua, el pan y la justicia. Todo ha sido arrancado de los leoneses, con lo cual, sean cuales fueren los sentimientos de gratitud que —¡además!— tengamos que expresar por habernos conce-

dido el título universitario, nadie sino los leoneses debieran tener autoridad para disponer.

Porque lo trágico de nuestro destino universitario puede ser —yo no digo que fatalmente haya de suceder— que, además de poner el hilo, habremos trabajado de balde y otros vendrán a disponer lo que conviene o no conviene, lo que corresponde o no corresponde, a la mayor gloria de la Universidad Española, y provecho de la estudiantina leonesa. Y se nos tratará, como hasta ahora: como complejo universitario de segunda división, dispensándonos como de favor un profesorado a lo peor no lo bastante titulado, unas direcciones no exclusivamente dedicadas, con lo cual la Universidad flamante caerá por su propia fragilidad e inconsistencia. Porque lo que acredita una Universidad, no es, pienso yo, ni sus instalaciones, ni sus campus, ni siquiera sus disponibilidades económicas, sino su profesorado. Una Universidad se impone por la sabiduría, por la responsabilidad, por la categoría de sus enseñantes. Si éstos carecen de peso específico, si los claustros se forman con suplentes, si no se instaura un cuadro director de absoluta autoridad y responsabilidad, la Universidad se desenvolverá sin gracia ni temperatura, y la Ciudad que por ella entregó hasta la hijuela, se preguntará: "¿Y para este viaje tales alforjas?".

La Universidad leonesa ha venido. Todos sabemos como ha sido. Y a costa de quién.

Visitas de Reyes

Recuerdo perfectamente cuando llegó a León el Rey Alfonso XIII. La Ciudad levantó arcos, con salutations muy expresivas y excusado es decir que el pueblo se echó a la calle.

Yo, como pueblo, recuerdo cuando la comitiva real desfilaba por la calle Ancha con dirección a la Catedral. El Rey, en coche descubierto, vestido de uniforme, saludaba y sonreía. Y el pueblo vitoreaba y aplaudía. Los escolares agitaban banderas. Y en la Plaza de Santa María de Regla, fue recibido el cortejo por el Cabildo, brillantemente revestido. Bajo palio penetró en Rey en la Catedral, que en aquella hora, no sé si de la mañana o de la tarde, resplandecía como un ascua.

Los cortesanos, quiero decir, los que tenían el pri-



vilegio de andar entre los componentes de la Corte Real, se admiraban tanto de la serena belleza de los monumentos y palacios de la capital del Viejo Reino, como de la gentileza y fervor de los leoneses, de los que se decía que más bien eran parcos en la expresión de sus sentimientos.

Los republicanos —que León era tierra muy liberal y hasta republicana, que por algo los Sierra Pambley y los Azcárate y los Pallareses tenían aquí su tienda de campaña— aseguraban que el entusiasmo popular había estado decidido por la labor de captación de una Doña que administraba la Beneficencia, y que tenía fama en la Ciudad de entrometida política. Pero todo eran habladurías perfectamente instrumentadas, porque en el amor y en la política todas las artes son buenas.

Como los reales señores y su séquito habían hecho el viaje en el tren, que conducía un señor marqués, maquinista al parecer honorario de la Compañía de los Caminos de Hierro del Norte de España, así que pusieron pie en tierra leonesa las reales personas, se puso a su disposición el coche-automóvil de mayor prestancia de la Ciudad, (que todavía andaba por los veinte automóviles, contando por supuesto con los de

Laurín y Rosales, los más estrepitosos y de más estrafalaria biografía), que era el de don Miguel Pérez, famosísimo industrial, con fábrica de maderas, fragua y cerámica. Era un coche negro, brillante, con "sofer" uniformado, que si en días de escasa entidad ya causaba admiración y constituía, con la Catedral, San Isidoro y San Marcos, uno de los motivos de orgullo de la ciudad, convertido en carroza real obtenía la consideración de histórico. Fue una pena que aquel lujoso vehículo acabara como terminamos todos, en cualquier cementerio de chatarra, porque León le hubiera, mercedamente, incluido en el catálogo de sus recuerdos más entrañables.

Cuando me retraigo a aquella fecha de la visita del Rey Alfonso XIII, recuerdo perfectamente la apostura del Monarca, la dulcísima sonrisa de Doña Victoria, el brillante ceremonial del Cabildo Catedral y el coche negro de D. Miguel Pérez, desfilando, lento, solemne, como una carroza, por la calle Ancha, flanqueada por los treinta mil leoneses que componían el censo de la Ciudad, mientras los niños de las escuelas agitaban sus banderas rojas y gualdas; perdón, rojas, amarillas y rojas.

VICTORIANO CREMER